

La vida no es un paseo por el campo

Cynthia RIMSKY MITNIK

Hace ya casi tres años que me mudé a vivir a Buenos Aires. El viaje, en el que trasladé mis últimas pertenencias, lo hice en bus. Lo que escribí acerca del paso por la cordillera de Los Andes lo archivé junto con los textos que semanalmente entregaba a un portal chileno; como no recuerdo el título de la crónica busco por la palabra que enuncia la anécdota, aparecen treinta y dos manchones amarillos con coincidencias: sendero de tierra, camino de tierra, calles de tierra, tierra firme, roja, pagar con tierra, bajar a tierra, pintar con tierra, amor por la tierra, tierra húmeda, regreso a la tierra, la tierra donde nacieron, renegrida, los nombres de la tierra, junto a, cubierta por, bajo tierra, tierras distantes y, en la última línea, la acepción que vino hacia mí aquella vez que crucé la frontera.

Mis amigos no entendieron que prefiriera viajar 36 horas en bus en vez de dos en avión. Me preguntaron si era más barato y no lo es, pero da la posibilidad de comprar sólo un pasaje de ida. En los años ochenta, en todos los puestos fronterizos de América del Sur y Central exigían como requisito de ingreso presentar un pasaje de regreso al país de origen o al que uno dejaba atrás. No servía explicarles que iba a salir de Ecuador hacia Colombia por lo que no me servía un pasaje de Ecuador a Perú. Los pasajes de regreso los vendía una agencia que pertenecía a un pariente o a un estafador que coimeaba al oficial de Aduanas. Tenían una fecha y un destino pero no llevaban a ninguna parte, eran papeles que una se metía al bolsillo y dejaba en el velador de la primera pensión. Nunca escribí acerca de esos cruces, me pregunto qué hubiese pasado si, en vez de botar los papelitos, los tuviese en una caja como las que debí embalar en la mudanza. Tal vez ahora, que debo escribir este texto sobre literatura y frontera, podría traspasar nuevamente las fronteras que crucé a los veinte años pero con la conciencia de que

cruzaba una palabra, como dice Edmond Jabés, “desde la nada que ilumina al emerger hasta la nada a la que, en su caída, acaba por unirse”.*

Pero volvamos al camino que conduce al paso de Los Libertadores, mientras el bus subía a baja marcha las diez primeras curvas en zigzag que van por la ladera oeste del macizo del cerro Santa Elena, pensé en este trabajo que debo escribir y en el recorrido que hicieron los personajes de Juan José Saer en *El río sin orillas*, de Yuri Herrera en *Señales que precederán al fin del mundo* y de Leonardo Sanhueza en *Colonos*, en cómo Ebelot, Makina y Verniory cruzaron la frontera.

Zanja

Al otro lado de la Cordillera de los Andes comienza la Pampa. En *El río sin orillas*, Saer rastrea su origen hasta un enorme agujero, causado por un derrumbamiento geológico, que se fue rellenando con sedimentos, esencialmente limo y loess. Al irrumpir la Cordillera de los Andes, sus últimos estremecimientos habrían emparejado la superficie y “como queda liso un montón de arena cuando sacudimos el recipiente que lo contiene así quedó la Pampa”. También *Señales que precederán al fin del mundo*, de Yuri Herrera, comienza con un sacudón o estremecimiento de la tierra que sugiere un derrumbamiento. ¿Será que entre el origen y la palabra también es necesario un sacudón y un derrumbamiento?

En su búsqueda de la frontera, Saer se devuelve hasta las postrimerías del siglo XIX, cuando el Ministro de Guerra de Argentina, un señor de apellido Alsina, manda a traer desde Francia a un ingeniero, Alfred Ebelot, con el encargo de construir en la Pampa una frontera entre civilización y barbarie. En esa época, *bárbaro* designaba a los que no sabían hablar, por supuesto español, y más bien balbuceaban, *ba-ba-ba*.

En la lengua francesa no existía un nombre para lo que Ebelot se disponía a enfrentar. Tal vez le pareció un desafío ingenieril construir un foso de 400 kilómetros de longitud y no leyó la letra chica o le pareció natural que el ejército arrebatase la tierra a los indios para entregársela a inmigrantes, soldados e indios leales, que fundarían poblados. A Saer, la lectura de los intentos de Ebelot por construir una zanja le parecen

* Algunas citas textuales no tienen la paginación correspondiente debido a que la autora se instaló en Argentina después de escribir este ensayo y no tuvo acceso a sus libros en el momento de preparar su publicación (NdeE).

sorprendentes y dos siglos más tarde, vuelve a traer a los lectores que habitan los countries amurallados en las afueras de Buenos Aires y las casas enrejadas del casco urbano, el absurdo de una zanja que intentó separar a los que hablan de los que balbucean.

La empresa no fue fácil. En *El río sin orillas* Saer cuenta cómo a fines del siglo XIX:

los funcionarios gubernamentales especulaban y comerciaban con los víveres y las mercancías asignadas a los soldados; los soldados se veían obligados a trabajar con el revólver al cinto, en previsión de las discordias internas. En vez de acelerar las excavaciones para impedir las invasiones indias, a causa de las condiciones terribles del trabajo a la intemperie, los soldados optaban por desertar para traspapelarse con los indios cuyo contacto estaban tratando de evitar... Mientras el foso avanzaba, los indios hacían un rodeo por las zonas no excavadas todavía y, de vuelta de sus expediciones, para no perder la mano quizás, atacaban por el norte a los destacamentos que, noche y día, para no ser tomados por sorpresa, escrutaban el sur... En cierto sentido, el remedio resultaba peor que la enfermedad porque los indios robaban animales suplementarios para rellenar el foso y transitar hacia el otro lado.

El fracaso de la Zanja de Alsina como frontera entre civilización y barbarie, enfrentó a Ebelot con la imposibilidad de nombrar las cosas que veía del otro lado:

Recogíamos información donde la encontrábamos; en las relaciones de viaje impresas del siglo pasado, de algún piloto español o de algún jesuita inglés que en otro tiempo había pasado por ahí; en los relatos actuales de tráfugas, de cautivos evadidos, de misioneros. Toda esa gente había visto, con sus propios ojos, el valle. Todos hacían una descripción diferente. Para tener una idea exacta, íbamos nosotros mismos... Al caer la noche, junto al fuego del vivac, entre oficiales, intercambiábamos nuestras apreciaciones. Eran todas absolutamente contradictorias...

Ebelot se volvió a Francia y el Ministro de Guerra, Julio Argentino Roca, se lanzó a la campaña de la Conquista del Desierto en la que prácticamente exterminó a los indígenas. Recién entonces Ebelot pudo ponerle nombre a las cosas que observó de este lado, pasando a la historia como un escritor; fue en el papel donde finalmente logró construir la esquiua frontera entre la barbarie y la civilización. Actualmente el único vestigio de la Zanja es un letrero indicando los kilómetros que faltan para llegar y en el lugar donde debiera estar la frontera se abre una grieta que, a pesar de los siglos, nunca cerró.

Callejón

Gustav Verniory es el personaje escogido por Leonardo Sanhueza como protagonista de *Colonos*, un libro mitad prosa y mitad verso que comienza cuando el progreso y la técnica sufren en Europa un grave traspié y Bélgica deja de contar con empleos para jóvenes ingenieros como Verniory que se matricularon llenos de entusiasmo en la escuela superior. Carentes de un futuro en Europa, los jóvenes belgas comenzaron a prestar oídos a los publicistas enviados por el gobierno chileno para ofrecer a los colonos tierras en el sur del país. Es así como Verniory toma la decisión de emigrar.

En el *Génesis* Dios manda a Abraham: “deja a tu pueblo y a tus familiares, y vete al lugar que te voy a mostrar. Con tus descendientes formaré una gran nación” (Génesis. 12.1). En la interpretación de George Steiner, al ir más allá de la frontera de su pueblo, Abraham rompe los vínculos que unen al ser humano con sus ancestros y con la tierra donde permanecen enterrados sus muertos: “Este repudio a los lazos de amor, que constituyen la legítima presencia del hombre en la naturaleza, representa la más corrosiva de las alienaciones, el más corrosivo de los extrañamientos, tanto en relación con el resto de la humanidad como con la armoniosa integración del yo...” (*Pasión Intacta* 392).

Desde que me enteré que mis abuelos habían emigrado de Ucrania y Polonia quedando parte de su familia directa en esos países, me empecé a preguntar por qué unos permanecen en un lugar donde no es posible hacer una vida, como Verniory, como mis abuelos, y otros se quedan haciendo en ese imposible lugar?, una vida. Varias veces he leído la interpretación que hace Steiner de ese mandato que señala que existe un hogar fuera del país de origen; tanto la he manoseado que una de las páginas de la fotocopia se llegó a volar en una tormenta en la caleta del norte de Chile donde me autoexilié para escribir una novela en la que la protagonista se pregunta dónde está el hogar, y todas las veces que leía a Steiner, al llegar a la parte en la que habla del repudio a los lazos de amor, se me encogía el corazón.

A través de la ventana del bus que me conducía al “más corrosivo de los extrañamientos”, apareció una cordillera seca, rocosa, sin color. Una semana antes visité al oculista, preocupada porque veía borroso. Según él, padecía una combinación de astigmatismo y miopía y una desigualdad en la visión de ambos ojos y me recetó anteojos nuevos, pero aún cuando veía más claramente, las cosas permanecían opacas. Era capaz de captar la forma de las montañas, pero la sensación que me produjo aquel macizo seco y

rocoso que se interponía entre mi destino y yo, se ocultaba en un plano que los anteojos no me ayudaban a distinguir. Me acordé de Spinoza –quien después de traspasar la frontera de lo que era “completamente imposible imaginar”, se dedicó a los misterios de la óptica–, y de Verniory.

Antes de iniciar el viaje que lo llevaría al sur de Chile, el ingeniero belga mandó a reparar sus anteojos. Al ir a buscarlos experimentó una transformación: “Los objetos recobraron una nitidez que él ya había olvidado y los colores, limpios como flores recién regadas volvieron a brillar” (Sanhueza 16). El óptico había modificado sin querer el ángulo de los cristales, desplazando el foco. Me pregunto si acaso ese desplazamiento no es parte del movimiento que hace el cuerpo al internarse en lo nuevo. Si es así con las imágenes, ¿cómo podrían las viejas palabras nombrar las cosas nuevas, a menos que se desplace también algo en ellas?:

¿No era increíble, pues, ver todo eso y a la vez estar en el más crudo invierno?
 ¿Y no era cómico, por otra parte, que al día siguiente, cuando a mediodía cruzaran el Ecuador, eso dejara de ser así y que el barco se internara en el centro ardiente del verano? Era algo fascinante. Tal vez había otros pares de opuestos que, como el invierno y el verano, fueran indistinguibles uno de otro bajo ciertas condiciones. El blanco igual al negro, la noche igual al día, la vida igual a la muerte: ¿era eso posible en alguna zona de frontera? Y acaso el bien y el mal, en su frontera, ¿eran iguales? (22)

Es lo que se pregunta Verniory en la cubierta del barco que lo lleva a Chile. Y poco después, cuando baja en Valparaíso: “–Hemos llegado– dijo, apoyado en la borda... A continuación sacó el espejo de mano que solía llevar en el bolsillo de su chaqueta y, después de mirarse en él por última vez, lo limpió con su camisa y lo dejó caer al mar” (25).

La primera parte de *Colonos* termina cuando Verniory baja a tierra chilena y sus anteojos caen al fondo del mar. A partir de allí Leonardo Sanhueza deja la prosa, de uso acostumbrado en las crónicas de estos viajeros, y coge el verso. La frontera no sólo desplaza la identidad del inmigrante, sino la del escritor. Para Sanhueza, las fronteras son zonas en las que el lenguaje queda corto ante una realidad ambigua e implacable: “No siempre son una línea que se pueda cruzar, sino que a veces, como en este caso, son zonas en las que lo provisorio es lo permanente...” (ctd. en Rimsky “La frontera”). Yo diría que los colonos, el ingeniero Verniory, la escritura y el autor no cruzan la frontera, sino que se internan en ella, en ese territorio donde no existen barreras definidas entre bien y mal, vida y

muerte, ideas y palabras. La Frontera no es como la frontera mexicana, que separa dos países, sino una frontera interna que separa a Chile de Chile. El rito de paso es más una incursión que un tránsito. Para no ir tan lejos, ahí tienes la película *La Frontera*, de Ricardo Larraín, donde la palabra “frontera” cumple las dos funciones: una barrera, una muralla invisible de una cárcel política, y a la vez caracteriza el lugar extraño, casi incomprensible, donde el protagonista comienza una nueva vida.

A diferencia de Ebelot, Verniory no vino a Chile a construir una zanja, sino a establecer una lengua, la del progreso y la técnica. El Ferrocarril permitirá al Estado hacerse de la Frontera y derrotar el balbuceo. A poco andar, el belga y los colonos que lo acompañaban, descubren que las tierras donde se han asentado con el propósito de traer a Chile el progreso, tienen un dueño –los mapuches– dispuesto a pelear por ellas: “¿Qué estamos haciendo aquí, Franz, August, Bernard, / entre cuatro palos parados, borrachos como polillas / que se desploman de la luz al licor, mientras el viento / y la lluvia tocan sus polonesas sobre el barro?” (Sanhueza 37). Y más adelante dice:

Tambaleantes, con la picana en la mano, el camino
alargado en un lento chirrido de bueyes, ¿eso es todo?
¿O hallaremos otra cosa, águilas contra un cielo negro,
antes de despertar colgados de un pic, desnudos
como el viejo Friedrich, o como Wolfgang
con largas túnicas de sangre seca y avispas? (37)

Sanhueza cuenta que a partir de esta pregunta: “el colono Girardet también expresa su perplejidad ante el sinsentido de las empresas humanas que, en su búsqueda de progreso, cobran incluso la vida de individuos a los que su propia situación les resulta incomprensible. Entonces su frontera es como un pozo sin fondo, porque no se puede cruzar, sino que se entra en ella y no se sale. La frontera vendría siendo una tierra prometida que luego se devela como un callejón sin salida” (ctd. en Rimsky “La frontera”).

En *El paso suspendido de la cigüeña* del cineasta Theo Angelópoulos, un equipo de filmación queda varado en un pueblo fronterizo, a orillas de un río, habitado por emigrantes que no han logrado cruzar al otro lado o que fueron sorprendidos cruzando y esperan a ser devueltos. El director del documental pregunta al oficial a cargo del pueblo qué es para él la frontera. El militar lo lleva en su camioneta hasta el río que divide ambos países y lo invita a caminar por el puente para indicarle que no es posible

saber por qué lugar de las aguas corre la frontera. El militar se detiene –uno piensa que en el medio del puente– y señala con el dedo una imaginaria línea de la frontera. Levanta una de sus piernas y la sostiene en el aire, exactamente sobre la línea. A pesar de que ha recibido entrenamiento, su pierna tiembla. “Esta es la frontera”, señala, mostrándole, no su temblor, su pierna o la línea, sino a un soldado que al otro lado del puente, aprieta el gatillo de una metralleta que apunta hacia el corazón del otro.

Puerta

En la última parte del camino hacia Los Libertadores me mantuve atenta para ver la línea que divide Argentina y Chile. Cada vez que en mis viajes por tierra me acerqué a una frontera, me pregunté cómo sería y la respuesta fue una caseta, un puente, un puesto, un mojón. Mareada por las últimas cinco curvas del camino, al mirar hacia abajo se me aparecieron como los anillos de una serpiente que presionaban mi cuello.

Unos kilómetros más y el bus se introdujo en un gigantesco hangar donde flameaba una bandera: esa era la frontera. Volví a experimentar, como al inicio del camino, la sensación de que me había dejado algo importante en Santiago que no era capaz de recordar. ¿Un paquete como el que lleva Makina, la protagonista de la novela *Señales que precederán al fin del mundo* de Yuri Herrera, al cruzar la frontera entre México y Estados Unidos?

En la novela de Herrera, Makina, la muchacha protagonista, lleva un encargo a su hermano que se fue a Estados Unidos creyendo la palabra de otro que le dijo que allí había una tierra que le pertenecía. Para encontrarlo deberá cruzar el río Grande en forma ilegal, Makina acepta traficar un paquete que le encarga uno de los capos del pueblo que la ayuda, y que sospecho es el motivo por el cual Yuri Herrera fue excluido de la lista de escritores mexicanos contemporáneos de la revista *Granta*: “Una no escoge cuáles mensajes lleva y cuáles deja pudrir” (20), escribe Herrera en boca de la muchacha.

El encargo que la madre encomienda a su hija es un papel que tiene unas palabras escritas para ser leídas por el hijo, y que sólo leeremos nosotros, los lectores, en las últimas páginas de la novela. Un encargo como el que recibió Saer, Sanhueza, Herrera, yo, cualquier escritor que lleva y trae papelititos con palabras y, junto con las palabras, otro paquetito que no escoge, y que lleva en sí la pudrición y el contagio. El oficio de Makina se

parece sospechosamente a las voces como las trabajaría un escritor:

Estaba a cargo de la centralita con el único teléfono en kilómetros y kilómetros a la redonda. Timbraba, ella respondía, le preguntaban por tal o por cual, ella decía Voy vengo, llama de nuevo en un ratito y te contesta tu persona o yo te digo a qué hora la encuentras. A veces era gente de pueblos o de por ahí la que llamaba y ella contestaba en lengua o en lengua latina. A veces, cada vez más, llamaban del gabacho; estos frecuentemente ya se habían olvidado de las hablas de acá y ella les respondía en la suya nueva. Makina hablaba las tres, y en las tres sabía callarse. (20)

Busco la palabra Makina en el diccionario de papel y no la encuentro, probablemente es una palabra nueva, que no pasó la frontera de la RAE. Busco en internet y encuentro Maquila: las fábricas maquiladoras surgen en México en 1964, tras la suspensión del Programa Bracero, como parte del Programa Nacional Fronterizo, para dar empleo permanente a los trabajadores temporales (braceros) que cruzaban la frontera para trabajar en los campos agrícolas de Estados Unidos. Ensamblan, transforman y/o reparan componentes destinados a la exportación; gozan de un régimen fiscal de excepción lo cual les permite importar insumos sin pagar aranceles y exportar pagando solamente un arancel que fue agregado en México. Operan con mano de obra barata, mayoritariamente femenina. (Comas)

Las maquiladoras no cruzan la frontera geográfica, son las cosas que ellas manufacturan de este lado las que pasarán al otro. Las cosas se van y ellas se quedan, pero las cosas llevan su huella y esa huella es el lenguaje. Makina, como ellas, media, tercia lo que entra y sale, y con sus manos lo transforma en otra cosa que sale por el otro lado. ¿Acaso no es su labor con el lenguaje lo que hace a un escritor?

Verniory buscaba en la tierra prometida un pedazo de tierra que nombrar en su lengua. No bien se asienta en el sur, en la tierra que le prometieron a cambio de llevarla hacia el progreso, comprende que la lengua es un terreno en disputa que ya tiene un dueño y ese dueño busca recuperarla.

Para Makina no hay tierra prometida. No cree como su hermano varón que al otro lado existe un pedazo de tierra para su familia, no cree como Abraham que la tierra se encuentra después de cruzar el desierto. Han transcurrido siglos, el mundo se ha llenado de fronteras, no hay desierto.

Cuando la historia llega a Makina sólo existe la lengua y todas sus posibilidades que trafica en la centralita telefónica: “Maleable, deleble,

permeable, un gozne entre dos semejantes distantes y luego entre otros dos, y luego entre otros dos, nunca exactamente los mismos, un algo que sirve para poner en relación... Más que un punto medio entre lo paisano y lo gabacho su lengua es una franja difusa entre lo que desaparece y lo que no ha nacido” (Herrera 75).

Una vez que pasa la frontera y llega a Estados Unidos, Makina hace con la otra lengua lo único que le permiten hacer, maquilar:

Al usar en una lengua la palabra que sirve para eso en la otra, resuenan los atributos de una y de la otra: si uno dice Dame fuego cuando ellos dicen Dame una luz, ¿qué no se aprende sobre el fuego, la luz y sobre el acto de dar? No es que sea otra manera de hablar de las cosas: son cosas nuevas. Es el mundo sucediendo nuevamente, advierte Makina: prometiendo otras cosas, produciendo objetos distintos. Quién sabe si durarán, quién sabe si sus nombres serán aceptados por todos, piensa, pero ahí están, dando la guerra. (76)

La dualidad en el nombre que nos ofrece Yuri Herrera: “dame una luz” o “dame fuego” se parece demasiado al trabajo de interpretación que lleva a cabo un lector que se atreve a ir más allá de lo literal. Veamos que cuando Makina le pregunta a la cocinera del restaurante que le indicará dónde encontrar a su hermano: “¿Cómo supo quién soy? ¿Mi hermano le dijo cómo reconocerme?” La cocinera responde: “Me contó que tenía una hermana que nomás de verla se notaba que era entendida y leída” (87).

Makina, una lectora, no cualquiera, sino una que practica la hermenéutica: “Una es la puerta, no la que cruza la puerta” (20), nos dice. A diferencia de Ebelot, que se mantiene a resguardo de la frontera, y de Verniory, que cruza una frontera más parecida a un callejón sin salida, Makina se ubica en el cruce; en vez de separar la lengua del balbuceo, integra el balbuceo; hace del balbuceo, lengua.

Los anteojos que se coloca para mirar lo nuevo no tienen el filtro de la melancolía, la sorpresa o el horror ante el desamparo en el que nos dejan los nombres inservibles. Y aunque a ratos suena ingenua, pueril o sospechosamente ideológica; aunque es notorio el trabajo maquilador de Herrera al hacer pasar las palabras viejas y las nuevas, el autor toma el riesgo de no cruzar sino de hacer cruzar.

En el Festival de Literatura de Buenos Aires del 2011 me tocó estar en una mesa con Yuri Herrera. Al contrario de lo que se piensa, no es fácil encontrar un tema común con otro escritor; como en el extranjero

siempre me preguntan de qué lugar de Chile soy, para llenar el silencio, le pregunté a Herrera dónde vivía. Me dijo que trabaja en una universidad norteamericana. Y agregó que en México no tiene posibilidades de trabajar en la universidad, asunto que me confirmó un escritor chileno que estudia un doctorado en la UNAM: a pesar de tener méritos de sobra, Herrera no es admitido como académico en las universidades mexicanas. ¿Qué decir de Gabriela Mistral, a quien la Universidad de Chile le otorgó el título de profesora apenas en 1923?

Las fronteras están en todas partes, el extrañamiento también. Makina lo dice desde el otro lado:

No quería ni quedarse por allá ni que le sucediera como a un amigo suyo que se mantuvo lejos demasiado tiempo, tal vez un día de más o una hora de más, en todo caso bastante de más como para que le pasara que cuando volvió todo era semejante pero no era igual: su madre ya no era su madre, sus hermanos ya no eran sus hermanos, eran gentes de nombres difíciles y gestos improbables, como si los hubieran copiado de un original que ya no existía; hasta el aire, dijo, le entibiaba el pecho de otro modo. (22)

Y más adelante reflexiona: “Si no volvía pronto, ¿qué haría de toda la gente que no tenía modo de dialogar con los suyos?” (27). Es en esta pregunta donde Yuri Herrera, que cruzó la frontera entre México y Estados Unidos con su papeles en regla, está más cerca existencialmente de su personaje y de su experiencia como intelectual mexicano que convive con compatriotas de primera, segunda o tercera generación en Estados Unidos; que se mira en los ojos de los académicos gabachos, y en el reflejo se pregunta cómo nombrar las cosas nuevas con las palabras viejas, que debe ser lo mismo que preguntarse cómo volver o cómo no irse habiéndose ido o cómo hacer con la gente que hacía dialogar al otro lado.

La pregunta de Herrera es por la responsabilidad que tenemos como escritores en este diálogo. La función original de la palabra, dice Levinás, no consiste en designar un objeto para entrar en comunicación con otro, en un juego que carece de mayores consecuencias; sino en asumir el respecto de alguien, una responsabilidad ante alguien. Hablar es empeñar intereses humanos. La responsabilidad sería la esencia del lenguaje.

Ventanas

En el hangar de Migraciones del paso fronterizo Los Libertadores, los funcionarios argentinos y chilenos comparten un mismo container sin

divisiones, pero con puertas separadas. La fila avanzaba lento. El frío hacía doler los huesos. Me acordé de la frase de Henry David Thoreau: “las fronteras no son el Este o el Oeste, el Norte o el Sur, sino allí donde el hombre se enfrenta a un hecho”. Entre los pasajeros había argentinos, chilenos, bolivianos, un hombre de piel oscura, una turista rubia. La señora en el asiento vecino traía un encargo para su hija, el mecánico de San Juan había dejado a su esposa e hijos para buscarse una vida en Chile. Todos debíamos llenar el mismo papelito, en realidad, eran dos, uno con nuestros datos para inmigraciones y el otro para la Aduana con las mercancías que declarábamos.

Las universidades chilenas, argentinas, mexicanas, están llenas de papelitos: en las salas de clase, en los cubículos que los profesores llaman sus oficinas, en los pasillos, en los seminarios, en los congresos, coloquios, becas de investigación... Pero hay muy pocos mensajeros dispuestos a terciarlas, a traficarlas junto a un paquete que puede podrir lo que está afuera. Me pregunto como Kafka en la carta que le escribe a Oskar Pollak:

Si el libro que leemos no nos despierta como si nos golpeará el cráneo con los puños, ¿por qué lo leemos? ¿Para que nos haga felices? ¡Dios mío! También seríamos felices sin libros, o, si fuera necesario, nosotros mismos podríamos escribir esos libros que nos hacen felices. Lo que en realidad necesitamos son esos libros que caen sobre nosotros como una maldición y nos perturban profundamente, como la muerte de alguien a quien amamos más que a nosotros mismos, como el suicidio. (ctd. en Steiner, *Lenguaje y silencio*)

La tecnología se ufana de haber construido un “mundo sin alrededores”, “sin fronteras”. Mayte Guerrero, en *Literatura de frontera*, señala:

Mientras existieron *los alrededores* hubo un conjunto de operaciones que permitía disponer de los espacios marginales. Era posible huir, escapar, desentenderse, ignorar, proteger, etcétera. Actualmente, lo *global* no deja nada fuera de sí, lo contiene todo, vincula e integra todo de manera que no queda nada suelto, aislado, independiente, perdido o protegido, a salvo o condenado, en su exterior...

Pero volvamos a la frontera del paso Los Libertadores. Llevábamos media hora o más esperando en el gigantesco hangar de Migraciones, ante el container donde cohabitan el funcionario chileno y el argentino, a que terminaran de buscar una mancha en nuestros antecedentes. En el intertanto, me enfrenté nuevamente a la sensación de que había dejado atrás algo de suma importancia; intenté recordar una vez más qué podía

ser. La señora del 8 miraba con desconfianza a los funcionarios de aduana que bajaban las maletas del bus para revisarlas; el mecánico de San Juan contaba a la turista que no era feliz con su esposa e hijos, y un policía traía de la correa a un perro. Me pregunté para qué olor habría sido entrenado: ¿dólares, cocaína, marihuana, carne? Cuando la persona que estaba adelante se acercó a la ventanilla, me fijé en un cartel con una lista de objetos que está prohibido ingresar a la Argentina: semen, sangre, muestras médicas, semillas, productos caseros, frutas, hortalizas, quesos, carne y sus derivados, animales y aves de África o Asia (excepto Japón), explosivos, artículos inflamables, narcóticos, material pornográfico y, en último lugar, con una letra grande y en negrita, leí: “La tierra tiene prohibición absoluta de ingreso”.

¿Cómo nosotros, latinoamericanos, acostumbrados a traficar y a maquilar, hacemos pasar la tierra, ya no prometida, sino prohibida? ¿Será que si permitimos que pase la lengua-balbuceo veremos al mundo sucediendo nuevamente o es necesario que se produzca un sacudón y un derrumbamiento?

La vida no es un paseo por el campo, pero si no hubiese ido y venido entre la frontera de Chile y Argentina, no hubiese nacido en mí el deseo de llevar y traer un papelito y un paquetito que huele mal. Un papelito que dice: “Ya devuélvase, no esperamos nada de usted” (Herrera 107).

“A las palabras, entre ellas, no las une otro lazo que no sea esta ausencia” (Jabés).

Obras citadas

- Comas Medina, Andrea. “Las Maquiladoras en México y sus Efectos en la Clase Trabajadora”. *Globalización: Revista Mensual de Economía, Sociedad y Cultura*, Nov. 2002. Web. 27 Nov. 2013.
- Ebelot, Alfred. *La Pampa. Costumbres Argentinas*. Buenos Aires: Aguilar, 2001.
- Guerrero, Mayte. “Literatura de Frontera”. *Letra Clara Blog*. Ediciones Letra Clara, 26 jul. 2007. Web. 28 Mar. 2013.
- Herrera, Yuri. *Señales que Precederán al Fin del Mundo*. Cáceres: Periférica, 2009.
- Jabés, Edmond. *El libro de los márgenes II*. Madrid: Arena Libros, 2005.
- Levinás, Emanuel. *Cuatro lecturas talmúdicas*. España: Ríopiedra ediciones, 1997.
- Rimsky, Cynthia. “La Frontera: de Tierra Prometida a Callejón sin Salida: una

Conversación con Leonardo Sanhueza". *Letrasenlínea*. Universidad Alberto Hurtado, 20 Dic. 2011. Web. 12 Abr. 2012.

Saer, Juan José. *El río sin orillas. Tratado imaginario*. Buenos Aires: Alianza Editorial, 1991.

Sanhueza, Leonardo. *Colonos*. Santiago de Chile: Editorial Cuneta, 2011.

Steiner, George. *Lenguaje y Silencio. Ensayos sobre la Literatura, el Lenguaje y lo Inhumano*. Barcelona: Gedisa Editorial, 2003.

_____. *Pasión Intacta*. Bogotá: Ciruela Editorial Norma, 1997.